



Peter Magee
The Archaeology of Prehistoric Arabia.
Adaptation and Social Formation from the
Neolithic to the Iron Age
Cambridge University Press
New York 2014
309 páginas
ISBN: 978-0-521-86231-8
Precio: 73,33 \$

La aparición de una obra dedicada a la Arqueología de la Península de Arabia hay que calificarla como una excelente noticia, más aún si viene firmada por Peter Magee, uno de los aún jóvenes pioneros de la arqueología en esta región del antiguo Oriente Próximo y Medio. Profesor de Arqueología Clásica y del Oriente Próximo en el Bryn Mawr College de Pennsylvania, bien conocido por sus excavaciones en Muweilah (Sharjah, Emiratos Árabes Unidos), tell Abraq y Hamriyah (Emiratos Árabes Unidos) Akra (Pakistan), sus señaladas aportaciones a los congresos más

destacados y sus numerosas y exigentes publicaciones. Estoy seguro de que entre éstas, el libro que nos ocupa habrá de contarse junto a lo más destacado de su producción científica.

Con Asia Central, la Península de Arabia es una de las últimas fronteras de la Arqueología y la Historia del antiguo Oriente Próximo y Medio, que está entrando poco a poco en los libros generales de arqueología e historia. Obras como *Une archéologie des peuples du Proche-Orient* (2004) de Jean-Louis Huot, o *Antico Oriente. Storia società economia* (2011), de Mario Liverani, que integran ambos mundos, son aún casi excepción. Tal vez, porque cueste un tanto enhebrar los procesos históricos basados en datos escritos con otros que sólo se apoyan en documentos arqueológicos y referencias escritas indirectas. O tal vez también, porque la intensa actividad arqueológica que se lleva a cabo en ambos mundos, durante los últimos veinticinco años, está provocando una verdadera catarata de incesantes novedades y hallazgos más que significativos. Por eso, obras como la que aquí comento son tan arriesgadas, a la vez que necesarias.

Disciplinas pues de reciente desarrollo, tanto la Arqueología como la Historia de Arabia en la Antigüedad acumulan y sintetizan los materiales que le van dando forma desde hace apenas cuarenta años. Pues dejando aparte raros viajeros, como Pedro Páez por Yemen y Hadramawt a fines del siglo XVI, o Charles Montagu Doughty en la segunda mitad del XIX por la *Arabia Deserta*, el redescubrimiento de las ruinas y el pasado –con aventuras como la de Auguste Hubber en Tayma (1883) y empresas un tanto arriesgadas, como las de Carl Rathjens (entre 1929 y 1938) o Wendell Phillips en Yemen (1951-1952)-, la investigación científica intensa no empezaría hasta las excavaciones danesas de Peter Vilhelm Glob, T. Geoffrey Bibby y sus colegas en varios países del Golfo Pérsico como Bahrain, Kuwait o Emiratos

Árabes, durante la segunda mitad de los años cincuenta y los sesenta del siglo XX. Éstas impulsaron el despertar científico de la región durante los años ochenta y noventa, con las excavaciones de M. Höfner, W. W. Müller o Sa'id Faiz al Sa'id y otros en el corazón de Arabia, y las numerosas misiones de varios países activas en Kuwait (J.-F. Salles) Bahrain (P. Lombard), los Emiratos Árabes Unidos (B. de Cardi, S. Cleuziou, R. Boucharlat, O. Lecomte, M. Mouton, S. Méry, H. P. Uerpmann, A. Benoist, D. T. Potts, P. Magee, S. Aboud Jassim, B. Vogt, etc.) y el Sultanato de Omán (A. Avanzini, P. Yule, C. S. Phillips y otros), regiones todas en las que se ha producido tal cúmulo de hallazgos, que las perspectivas históricas tradicionales han tenido que ser corregidas y actualizadas en una nueva dimensión. Encuentros específicos como los *Seminar for Arabian Studies* aportan continuas novedades, pero los congresos generales de arqueología e historia como los RAI o los ICAANE integran hoy al mismo nivel que cualquier otra región tradicional como Siria, Anatolia, Mesopotamia o Irán, los resultados alcanzados en la Península de Arabia. Y exposiciones internacionales como *Bahreïn. La civilisation des deux mers, de Dilmoun à Tylos* (Institut du Monde Arabe, Paris, 1999), *Queen of Sheba. Treasures from Ancient Yemen* (British Museum, London 2002), *Roads of Arabia. Archäologische Schätze aus Saudi-Arabien* (Museum für Islamische Kunts, Pergamonmuseum, Berlin 2011) o *En los confines de Oriente Próximo. El hallazgo moderno del país de Magán* (Museo Arqueológico Nacional de España, Madrid 2016) difunden hoy una visión mucho más completa y rica de la Antigüedad oriental, gracias a la recuperación de la historia y cultura de la Península de Arabia en todos sus confines, debidamente enmarcados en el tiempo y el espacio que les fue propio.

Que la mayor vitalidad y las mejores facilidades a la investigación se han dado en los países del Golfo Pérsico lo corroboran

las primeras obras de exposición sistemática del proceso histórico y cultural en Arabia, como la temprana y enciclopédica obra en dos volúmenes de D. T. Potts, *The Arabian Gulf in Antiquity* (1990), o la más ligera *The Archaeology of the Arabian Gulf*, de M. Rice (1994) y el libro *Dilmun and its Gulf Neighbours* (1998), de H. Crawford. Y si para el corazón de la Península, las obras disponibles no son demasiadas y presentan algunas limitaciones, como el volumen *Saudi Arabia*, de la serie firmada por M. A. Nayeem (1990), la región de un Yemen acosado por problemas graves en la última década, cuenta con obras tan actualizadas y completas como *South Arabian Art. Art History in Pre-Islamic Yemen*, de Sabina Antonini de Maigret (2012). Pero entre todo lo dicho y lo mucho omitido por pura necesidad de concisión se nota una ausencia clamorosa, que sólo M. A. Nayeem intentó cubrir con los cinco volúmenes de su citada *Prehistory and Protohistory of the Arabian Peninsula* (1990) con irregular resultado: una obra sólida, con perspectiva global e interdisciplinar, que comprenda de modo accesible la arqueología e historia de toda la Península como lo que en realidad fue ; un conjunto armonizado por los desiertos, las pistas y los mares de Arabia. Y eso es lo que el libro de P. Magee viene a corregir.

El volumen que comento recoge, en sus 309 páginas y 10 capítulos, una exposición sistemática de la cultura humana y su sabia adaptación al hostil medio de la Península de Arabia, desde los orígenes hasta fines de la Edad del Hierro. La sistemática elegida –con sus introducciones, desarrollos y conclusiones capitulares–, la excelente dotación gráfica de mapas, dibujos y fotografías, las abundantes pero no excesivas notas entre texto, los cuadros destacados –esos oportunos e ilustrativos *Text Box*– y la exhaustiva bibliografía recogida en las densas columnas de las 26 páginas correspondientes revelan al buen docente universitario, capaz de escribir

una obra que haga accesible una compleja e intrincada materia a los alumnos de universidad, de manera que satisfaciendo las necesidades y exigencias de éstos, sirva al tiempo para cualquier persona interesada en profundizar en la Arqueología de la Península de Arabia.

El primer capítulo (1-13) está dedicado a poner al lector en antecedentes de los primeros pasos en Arabia de viajeros –muy acertado el relieve que el autor confiere al de Carsten Niebuhr en el siglo XVIII (*Text Box* : 6-7)- y arqueólogos, los prejuicios de consideración que tradicionalmente se han tenido respecto a la posibilidad de una Antigüedad en Arabia y las posibilidades que una arqueología moderna y exigente en la región está prestando al conjunto de la ciencia dedicada a Oriente. Y vaya por delante que, en mi opinión, las intenciones del autor claramente expresadas en el último párrafo de este capítulo de introducción –“*Finally, it is my hope that this examination of the archaeology of these millennia of human occupation in Arabia has both an explanatory function (i.e., helping us to understand the past) and emancipatory function (i.e., ‘fostering critical self-consciousness about the present’ ; Saitta 2005 : 386)*” (13)- han quedado brillante conseguidas.

El segundo capítulo –*Ecological and Environmental Diversity in Arabia* (14-45)- es una excelente exposición de la geografía y los paisajes de toda la península como desiertos, estepas, costas, manglares, montañas, oasis y cultivos -los más, vividos y fotografiados por el mismo autor-, los mares que la circundan, las rutas posibles con Oriente Próximo, las variaciones climáticas y una especial consideración a los cambios sobrevenidos durante el Holoceno en sus distintas fases. Complemento ideal de la exposición son los *Text Box* escogidos –*The Dromedary Camel* (22-23), *The Date Palm* (24-25), *The Monsoon and Maritime Trade* (28), *Boswellia and Frankincense* (39)-, porque ponen de relieve recursos y

realidades geográficas de Arabia que han sido decisivas a lo largo de su historia.

El tercer capítulo –*The Formation of Arabian Society : 7000-3000 BC* (46-86)- considera el Paleolítico, destacando los revolucionarios datos aportados por los hallazgos de Yebel Faya -fechados entre 127.000-95.000 BP- y sus afinidades con materiales parejos de África. Sigue con el Neolítico de transición, el debate sobre influencias o desarrollos propios en la cuestión neolítica, la difusión del Neolítico por la península y la sociedad propiamente neolítica, con justificado énfasis en uno de los descubrimientos más singulares de la arqueología de Arabia y la Península de Omán : la necrópolis del Yebel Buhais en Sharjah (Emiratos Árabes Unidos) y sus curiosos usos funerarios¹ (62-66) excavados y estudiados por H.-P. Uerpmann y la Universidad de Tubinga. El capítulo incluye un epígrafe dedicado a los contactos con la Mesopotamia de Obeid (68-74) –que alfombró literalmente con sus cerámicas, las costas del Golfo y la de los Emiratos Árabes-, así como los cambios sobrevenidos a fines del V y durante el IV milenio, la conformación de usos colectivos comunitarios especialmente interesantes y que marcan rasgos muy propios de la Arabia de todas las épocas, como las comidas colectivas sugeridas en el yacimiento de Akab (Umm al Quwain) y los inicios de la configuración de comunidades afirmadas a través de los *cairn* y la definición de límites de territoriales, que se manifiestan de forma coincidente en regiones tan dispares de la Península de Arabia como el Hiyaz, Yemen y Omán. En suma, un capítulo que junto con las novedades señaladas –acompañadas de un *Text Box* dedicado a *Rajajil : An Arabian Stonehenge ?* (85)-, nos transmite una imagen fascinante e inesperada del proceso cultural

¹ H.-P. Uerpmann, M. Uerpmann y S. A. Yasim.- *Funeral Monuments and Human Remains from Jebel al-Buhais*. Department of Culture and Information of Sharjah / Universität Tübingen, Tübingen 2006

de la península, en una fase tan temprana de la historia humana.

Un nuevo periodo -no menos sorprendente para estudiosos y lectores ajenos al mundo de Arabia- viene considerado en el capítulo cuarto, *Eastern Arabia from 3000 to 2000 BC* (87-125). Recuerda el autor los primeros pasos de la investigación, desde la época de Jules Oppert –el primero que sugirió la identificación entre Bahrain-Tylos-Dilmun-, hasta los hallazgos de los daneses y la vitalidad actual. Señala luego los contactos entre el Golfo y Mesopotamia –un *Text Box* destaca el asunto de los recipientes tallados en piedra blanda y su comercio : *Sofstone and Intercultural Style Vessels* (91-92)-, considera a continuación la cultura de los oasis (3000-2500 a. C.) y la estructura y vida de poblados como Hili 8, con sus asentamientos nucleados en torno a una especie de torre defensiva y las tumbas *cairn* tipo Hafit, imagen toda de una sociedad bastante bien repartida, desde la costa del Golfo Pérsico a la del Golfo de Omán y el Océano Índico, pasando por la cordillera montañosa del interior. Después se analiza el Periodo de Umm an Nar (2500-2000 a. C.), acaso el de madurez más brillante de la Historia Antigua temprana de la península de Omán, hoy relacionada con el lejano País de Magán de las fuentes mesopotámicas. Es manifiesto que entre la fase anterior y ésta hay una relación, como también permanencia de contactos directos e indirectos con Mesopotamia. Las excavaciones están sacando a la luz numerosos asentamientos (100-101) con arquitectura monumental, expresada en grandes torres -como las de Bat o Abraq- y las sorprendentes tumbas monumentales colectivas, construcciones ciclópeas de piedra, redondas, con múltiples cámaras, halladas en al Ain, Mleiha y tantos otros lugares. Considera el autor de manera pormenorizada las formas de vida de esta sociedad de campesinos, ganaderos y mineros del cobre, cuyo transporte desde la montaña a la costa debió ocupar a especialistas y recuas de asnos

probablemente –puesto que el dromedario aún no se había domesticado (105)- : precisamente, en torno a este asunto y otros recursos, el autor expone con minuciosidad las aportaciones de la arqueozoología a la reconstrucción de la vida y la economía del periodo (106-107). Más adelante considera la producción artesanal, deteniéndose especialmente en la cerámica –que acusa relaciones con Mesopotamia, Irán y Pakistán, bien por ideas o quizás incluso, por la presencia de maestros alfareros llegados a la península²- y en los recipientes de piedras blandas, que alcanzaron entonces un nivel y variedad magníficos. Este asunto lleva luego a la cuestión del comercio y los intercambios, que como el autor destaca, se revela amplio y lejano en el Tell Abraq del Golfo Pérsico, donde hay muestras de comercio con Bahrain, Mesopotamia, Asia Central, Irán, Afganistán y Pakistán. Pero no menos ambiciosos y lejanos parecen los del poblado de Ras al Jinz 2, en la costa oceánica, cuyos intercambios con el Valle del Indo y el Golfo Pérsico, así como la práctica del calafateado de buques con betún, evocan la imagen y riqueza de los “barcos negros” de Magán. Dos nuevos y extensos epígrafes consideran otros tantos temas fundamentales en la reconstrucción histórica del Periodo Umm an Nar : el comercio del cobre con Mesopotamia (114-118) y los efectos de este comercio en la cohesión social del periodo (118-123). Por el primero se demuestra la existencia de numerosas minas, poblados mineros y centros de producción de armas y herramientas, así como el crecimiento de la producción en época acadia, momento en el que siguiendo su obsesión imperial por dominar las fuentes de materias primas “estratégicas” y las rutas de aprovisionamiento, se habría producido el ataque y la captura de

² D. T. Potts.- “In the beginning: Marhashi and the origins of Magan’s ceramic industry in the third millennium BC”, *Arabian Archaeology and Epigraphy* 16 (2005): 67-78

Manitan, señor de Magán (116). Fracasada la empresa de conquista acadia, durante la fase Ur III el intercambio se mantuvo añadiéndose otras materias de alto precio, como marfil, piedras semipreciosas y ocre (117). En todo caso y se considere como se considere, los intereses entre Mesopotamia y Magán fueron comunes y constantes, sin duda beneficiosos para ambas partes y con efectos distintos, pero profundos en ambas regiones. No menos interesantes son las páginas que P. Magee dedica a los efectos que el comercio produjo en la sociedad (118-123) y al fin de la cultura Umm an Nar (123-124). Las fuentes escritas y arqueológicas sugieren que las importaciones de objetos de prestigio hubieron de beneficiar a las élites de la región : tejidos, oro, plata, piedras semipreciosas, marfil ... que revelan boatos y costumbres con las que “habrían emulado a las élites extranjeras” (120). Sin embargo, no hay que olvidar que las tumbas siguieron siendo colectivas, lo que indica que el sentimiento comunitario de la sociedad de la región era muy fuerte. Elemento de reflexión de especial interés lo aportan la Antropología y la Paleopatología aplicada a los cientos de individuos hallados en las tumbas monumentales y colectivas de Tell Abraq o Hili. En la primera, con cerca de 400 individuos estudiados, se descubren insuficiencias alimentarias y alta mortalidad infantil o deformaciones producidas por ciertos tipos de trabajo. Panorama semejante ofrecen los restos de más de 300 individuos en Hili, que manifiestan abundantes casos de anemia infantil. Concluye el autor que el comercio con Mesopotamia no parece haber producido mejoras en la vida diaria de la población. En fin, el capítulo finaliza con la desaparición de la cultura Umm an Nar : ninguna gran tumba colectiva circular sería construida después del 2000 a. C., y muchos asentamientos fueron abandonados. Si se agostaron los intercambios con Mesopotamia, éstos siguieron con Iran y Afganistán-Pakistán. Pero la certeza de problemas ambientales apunta a algún tipo

de cambio obligado en los usos agrícolas, en muchas de las áreas anteriormente habitadas.

En el siguiente y quinto capítulo -*The Bronze Age in Western Arabia* (126-151)-, el autor considera la misma época y la adaptación de recursos y entorno seguido por los habitantes del Yemen y el Hiyad. Considera primero la ocupación de las mesetas y los inicios de la agricultura en la región de Dhamar, con las tempranas terrazas y cultivos típicos a fines del IV milenio: el área quedó así convertida en un ámbito ideal para la agricultura. Dhamar estuvo muy poblada en el III y II milenio. Hamat al Qa es el gran asentamiento tipo del Bronce, cuya agricultura recibía abundante agua de lluvia, con casas de plantas variadas y arquitectura compleja. Distintas condiciones vivieron los habitantes de la región de Khawlan, que dependían del riego, con asentamientos menores y arquitectura más simple. Atiende luego el autor a los diferentes sistemas de ocupación del suelo y su arquitectura, destacando en síntesis parcial, que el III milenio y los procesos analizados fueron decisivos para la consolidación de técnicas originales de aprovechamiento del agua que aseguraran la agricultura. Cuestión distinta es la adaptación de las tierras inmediatas al desierto y los miles de tumbas del Yebel Yidran y el Yebel Ruwaiq, marcadores territoriales de las gentes que explotaban el área con sus rebaños. Sin poblados conocidos, las tumbas y sus ajuares de objetos de piedra blanda, cornalina, bronce y cerámica indican contactos con la meseta. Finalmente, durante el II milenio comenzó el aprovechamiento de los *wadian* para la agricultura de regadío. El lugar más importante es Shabwa, cuya larga secuencia señala una buena explotación del territorio. Y en el Hadramawt sin duda, con Raybun, Safa y otros lugares³. Un problema que

³ Sobre tempranos aprovechamientos del agua en las tierras bajas del Yemen es de referencia el estudio de M. Mouton “L’eau en partage: territorialité, réseaux d’irrigation et formation des sociétés antiques dans les Basses-Terres du Yémen”, en M. al Dbiyat, M. Mouton (dirs.)- *Stratégies d’acquisition de l’eau et*

atrae especialmente la consideración del autor es el de la ocupación de la costa (138-144), tanto la del Mar Rojo como la del Hadramawt. Si en la primera destaca, entre otros, el asentamiento de al Midamman, en la segunda señala el de Sabir, que si en principio parecía una instalación del I milenio, tras las excavaciones de Vogt y Sedov resulta en una inesperada arquitectura en adobe, del II milenio, con grandes edificios de tipo religioso y almacenamiento, que sugieren sutiles formas de organización durante la Edad del Bronce.

Especial atención merece el Hiyaz, normalmente ignorado hasta hace poco. Un epígrafe destaca que contra lo tradicionalmente supuesto, Tayma contaba ya con una muralla de 14 kilómetros a comienzos del II milenio, restaurada varias veces a lo largo del milenio, a más de haberse documentado la ocupación del lugar, con objetos de bronce que indican paralelos en el Levante Meridional del Bronce Medio (145), ofreciendo así un panorama de contactos lejanos, completados con un cartucho de Ramsés III, grabado en una montaña cercana al oasis. Para mantener ese recinto, la agricultura hubo de ser poderosa : si sorgo, alfalfa, trigo y cebada se cultivaban en el siglo VII a. C., estos cultivos debieron ser posibles en Arabia durante el II milenio⁴, como recuerda el autor. Y en fin, el capítulo acaba con una consideración sobre los petroglifos, los menhires y los *cairn*, testimonio de poblaciones que preferían la ganadería no sedentaria como forma de vida. Muchos de estos testimonios pueden fecharse cómodamente entre el 2.500 y el 1.500 a. C. Respecto a los *cairn*, la fotografía por satélite ha facilitado la identificación de miles de estos testimonios funerarios, cuya fecha siempre es más problemática. En alguno de Tayma aparecen relaciones con

el Calcolítico de Levante Meridional : en la región de Kharj, en Arabia Central, otro ha facilitado materiales de bronce datados a comienzos del II milenio. En suma y como el autor deja bien patente, Yemen y Hiyaz estuvieron ocupados de manera constante y con relaciones permanentes con otras regiones de Oriente durante la Edad del Bronce.

El capítulo seis -*Eastern Arabia from 2000 to 1300 BC* (152-196)- atiende a la región costera árabe del Golfo Pérsico, desde Kuwait a Qatar, durante la mayor parte del II milenio a. C. Con notable extensión considera la brillante cultura de Dilmun (Bahrain), que si bien hunde sus raíces en los dos últimos siglos del III milenio, se extendió hasta fines del siglo XVIII a. C., alcanzando sus relaciones y testimonios hasta Mari o Asiria. La temprana presencia de un supuesto palacio marca ya el tono de un auténtico estado, que desde la isla extendería sus intereses y relaciones, testimoniadas por una cerámica propia y los famosos sellos redondos de estampilla. Qala'at al Bahrain y Sar son los yacimientos más significativos : el primero, sede del poder central y puerto muy activo, enclave abierto al mundo. El segundo, población rural de ganaderos y comerciantes con un interesante templo. Y en ambos lugares, la evidencia de los intercambios con el Valle del Indo y Mesopotamia. Llamen la atención del autor las distintas preferencias de los habitantes de ambos núcleos en la producción y consumo de alimentos. Epígrafe aparte merece el asombroso templo de Barbar (158-161), construido en piedra, con su gran plataforma oval –especial interés, las muestras de ritos de fundación (158)- y las diferentes fases de reconstrucción o reforma. Las cabezas de toro en cobre y la piscina construida con buenos sillares de piedra –relacionada con el mito de Enki y las aguas de Dilmun- son rasgos de profunda originalidad. P. Magee estudia a continuación la sociedad dilmunita con sus diferencias –alimentación- y el testimonio de un pequeño grupo dirigente visible

société au Moyen-Orient depuis l'Antiquité. Presses de l'Ifpo, Beyrouth 2009: 79-95.

⁴ D. T. Potts.- "Contributions to the agrarian history of Eastern Arabia II: The cultivars", *Arabian Archaeology and Epigraphy* 5 (1994): 236-275.

en los grandes túmulos y la arquitectura monumental de templos (Barbar) y palacios (Qala'at al Bahrain). Precisamente, las enormes necrópolis de túmulos como tumbas individuales encuentra su mayor expresión en los enormes y supuestamente reales túmulos de Aali. Se ha dicho incluso que en uno debió estar enterrado el monarca dilmunita relacionado con Šamši-Adad (1813-1781 a. C.). Las fuentes arqueológicas de aquí y otras regiones, así como los documentos escritos de Mesopotamia inciden en el rasgo más manifiesto de la sociedad de Dilmun : el comercio. El autor considera el papel de la isla en el comercio del cobre –procedente de Magán- y la gestión intermediaria y de mercado de conexión (165-170). De ahí que incida sobre los sellos dilmunitas como testimonio, con un oportuno *Text Box –The Dilmun Weight and International Exchange* (168-169)-, en el asunto de equivalencias de pesos y medidas entre los propios de Dilmun, Mesopotamia y el Indo. Una buena sección de las páginas del capítulo las dedica el autor a repasar lo aportado sobre realidades históricas apenas entradas en las historias generales, pero fundamentales en el proceso histórico general : Failaka como centro dilmunita y punto de contacto cercano con Mesopotamia, Dilmun como un auténtico estado árabe, organizado y reconocido en la esfera internacional (173-176) y la decadencia y el fin del periodo. No menos novedosa resulta la estimación del poder casita en la isla (177-182), primer testimonio de presencia de una gran potencia establecida en el Golfo Pérsico.

La segunda parte del capítulo (182-195) atiende a la Península de Omán, entre el 2000 y el 1600 a. C., con especial énfasis en la cultura de Wadi Suq, sus novedosas preferencias funerarias y en los últimos momentos del Bronce y comienzos del Hierro en regiones como Hamriyah, Buhais, Tell Abraq o Kalba.

Como una especie de prolegómenos a lo que será el octavo, Peter Magee dedica un muy interesante capítulo séptimo a uno

de los factores más importantes y decisivos en la reconversión de Arabia como polo relevante y estrechamente relacionado con el resto de Oriente, mucho más de lo que nunca había estado -*Humans, Dromedaries and the Transformation of Ancient Arabia* (197-213)- : el dromedario. Con buen criterio, el autor analiza la cuestión de manera minuciosa, habida cuenta del papel que el dromedario juega en, prácticamente, el resto de la historia de la península. Y así, considera primero la interacción humana y ambiental con este animal, desde el Holoceno en adelante. Destaca los numerosos hallazgos habidos en los Emiratos Árabes, que revelan la caza selectiva en ciertos lugares como al Safouh, entre finales del III milenio y el tercer cuarto del II milenio a. C., o el lugar de Baynunah (199), cuyos abundantes restos óseos recuerdan las impresiones deparadas por los grabados sobre rocas con escenas de caza. Incluso en yacimientos estables de referencia, como Tell Abraq, la ingesta de dromedario salvaje suponía casi el 50% de la carne consumida (200). No menos interesante y bien documentado es el asunto de la domesticación del dromedario y su datación, dado su fundamental valor histórico. Considerando las referencias en las fuentes y la terminología acadia, camello bactriano y dromedario árabe aparecen antes de lo supuesto, en época Medioasiria e incluso antes quizás (203) : pero el estudio arqueozoológico, privilegiando la demografía y la morfología de los cambios, debería afinar el problema cronológico. Dos yacimientos de Emiratos Árabes, como tell Abraq y Muweilah –excavados (el primero tras D. T. Potts) precisamente por el autor-, aportan elementos seguros : el dromedario domesticado estaba ya presente desde el 1000 a. C. en adelante (204). En otras partes de Arabia, como Timna, en el Negev, aunque los datos no sean tan numerosos todavía, disponían de dromedarios domesticados en una fecha ligeramente más temprana : 1019 a. C. (205). Y en Yemen, en el yacimiento de ad Durayb Yala hacia 1050 a. C.

Naturalmente, este dromedario domesticado procuraba sobre todo leche y carne, pero ¿cuándo comienza a convertirse en el medio de transporte ideal de los pueblos de Arabia? Tan relevante problema es igualmente tratado minuciosamente por el autor (207-213). Lo más novedoso que aparta es la certeza de que el camello bactriano fue el primero domesticado y el primero en ser usado como animal de carga, a fines del II milenio. Y que probablemente constituyó el modelo a partir del cual empezó a utilizarse el dromedario de Arabia. Zona de contacto podría haber sido la región de Tell Sheikh Hamad, en el Khabur, donde se documentan restos óseos de camellos bactrianos y dromedarios árabes (207). Además, los relieves del Palacio de Kapara en Tell Halaf indican que los dromedarios eran montados en el siglo X o IX a. C. Eso aparte, bien conocida es la batalla de Salmanasar III (858-824 a. C.) contra la coalición siria, en la que participaron 1000 camelleros de Gindinu, el árabe (210). También ahora, en Emiratos y Muweilah, el autor descubrió la famosa figurita –emblema hoy del Museo Arqueológico de Sharjah- que es la primera representación documentada en el Nordeste de Arabia del empleo del dromedario para carga y monta, fechada hacia 1000-700 a. C.

Una parte substancial del libro de Peter Magee está dedicada a la Edad del Hierro –su capítulo octavo (214-258) : *Intensification and Consolidation : Arabia from 1300 to 800 BC-*, época central en la Historia de toda la Península de Arabia, desde la región de Omán al Yemen y la Arabia Central y del noroeste. El autor estudia de modo detallado la implantación del sistema *falaj*, galerías subterráneas de captación de aguas luego derivadas a la superficie, y así aprovechadas para el riego continuo, gracias al sabio uso gradual de su curso en un clima hostil (215-222). Descubiertas en al Ain y al Madam, por ejemplo, pero también en otros muchos enclaves como Maysar, Wadi Bahla o Salut, permitieron la extensión de los oasis y un crecimiento inusitado

de la población. Los cultivos practicados pueden suponerse en parte por vía de excavación arqueológica, como testimonian las líneas de alcorques para palmeras en al Madam⁵, o por la Palinología, cuando especiales circunstancias han preservado los perfiles polínicos –tan imposibles de discernir en suelos arenosos-, felizmente aplicada en Salut (Omán), donde así se ha constatado el cultivo de trigo, palmera datilera, sésamo y albahaca. En fin y como atinadamente apunta P. Magee –y nosotros hemos demostrado en al Madam también- esta agricultura se hacía en proximidad de las palmeras, usadas como protección “una práctica que todavía hoy se conserva entre los agricultores de Wadi Bahla” (222), y que nosotros vemos a diario en al Madam o en diferentes regiones de Oriente, como el Iraq meridional. Considera a continuación el autor las tradiciones artesanales del sudeste de Arabia, el movimiento de sus producciones cerámicas y la rica variedad de recipientes en piedras blandas, así como la reactivación y ampliación de la explotación de las minas de cobre. Además de las peculiaridades señaladas en los poblados de la región montañosa –que sin duda ejercieron algún papel en la “comercialización” del molusco *Terebralia palustris*, recolectado en manglares de la costa de Omán y masivamente consumido en los oasis al oeste de las montañas-, considera el autor el papel del dromedario y la identificación de un horizonte cultural propio de la Edad del Hierro. Al ser el animal de transporte por excelencia, éste y las comunicaciones entre la costa de Omán, el interior montañoso, los oasis y la costa del Golfo Pérsico ayudaron a acentuar el sentimiento comunitario y una cierta identidad cultural, que marcó

⁵ J. M^a Córdoba.- *En los confines de Oriente Próximo. El hallazgo moderno del país de Magán*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 2016: 133-137. C. del Cerro.- “Iron Age Water Supply Systems regarding agriculture at al Madam, Sharjah”, en G. Affanni et al.- *Broadening Horizons*. BAR S2698, Oxford 2015: 249-256.

la edad del Hierro : artesanía, formas de vida e incluso arquitectura así lo señalan. En todo esto, los yacimientos de Rumeilah primero y hoy, el yacimiento de Muweilah, cuya investigación dirige el autor del libro, permiten reconstruir de manera muy atinada este periodo y cultura. Murallas, puertas fortificadas, producción de objetos y armas de bronce y hierro, un papel en la cría y organización de caravanas de camellos, áreas de almacenamiento muy organizadas y salas de columnas –que recuerdan espacios semejantes en Irán (Godin Tepe, Tepe Nush-i Jan o Hasanlu) y acaso sugieran contactos documentados por otras vías-, evidencias que indican una comunidad coordinada, culturalmente avanzada y con contactos a distancia. Todos estos aspectos –propone luego el autor- sugieren los esfuerzos por mantener la cohesión social (235). Elemento fundamental y que testimonia el tipo de cohesión, en mi opinión, lo marcaría la que el autor llama arquitectura “no residencial” (236-239) –salas de columnas de Rumeilah o Muweilah, y lugares cúlticos como los de al Qusais, Masafi y otros-, edificios y muestras que nos llevan, como muy bien propone P. Magee, al fenómeno de la peregrinación y el comercio como vías de cohesión social (239-240).

La segunda parte de este capítulo, central en la obra que comento, la dedica el autor a la brillante cultura e historia del Yemen –es la época del *mukarrib* Karib'il al Watar y la Federación Sabea (245-251), magníficamente sintetizada en sus novedades⁶-, así como a la Arabia del noroeste (252-258), que en las fuentes asirias bien conocidas, pero también en las modernas excavaciones de Tayma o el oasis de Qurayyah, se descubre brillante en los reinos de la Arabia Central. En fin

⁶ Me permito recomendar, como la más reciente y completa exposición de conjunto de las culturas de la Arabia Meridional, la obra de J. Schiettecatte.- *D'Aden à Zafar. Villes d'Arabie du Sud Présilamique*. De Boccard, Paris 2011.

y como dice el autor en las conclusiones parciales al capítulo, las diferentes culturas de la península son una exitosa adaptación construida sobre siglos de experimentación e innovación. Y si bien es cierto que “*in none of these cases, however, was the new political and economic configuration of society comparable to that which existed elsewhere in the Near East*” (258), también lo es –y queda patente en las páginas que dedica a la cultura de la Edad del Hierro que estamos ante uno de los periodos más brillantes de la Historia Antigua de Arabia.

Los dos últimos capítulos del libro, el noveno y el décimo, se ocupan de cuestiones de comprensión e integración global. El primero *-Expansion and Engagemet : Arabia and the Ancient Near East (259-274)-* tiene en parte un carácter conclusivo parcial, puesto que si bien reitera cómo y desde el Neolítico, las poblaciones de Arabia han estado interrelacionados con las gentes que habitaban los cercanos mundos de Mesopotamia, África y sudeste de Asia, en especial se refieren las más de sus páginas a lo sucedido durante ese magnífico I milenio a. C., tratado en el capítulo anterior. Lo hace a través de distintos epígrafes, con el referente del dromedario y un enfoque original, marcado al señalar que la ecuación suele verse sólo desde un lado, cuando en realidad, “*the domestication of the dromedary permitted the inhabitants of Arabia to control both the method of transport and the location in which exchange took place*” (259). Con él presente, el autor va considerando el comercio a larga distancia de Arabia con el Levante (259-264) y Mesopotamia (264-268), o la respuesta de los imperios a través de contactos, intervención, explotación y guerra llevada hasta lejanos rincones, en una competencia que termina con el intento de dominio a cargo de Nabónido (272-274), problema en el que hoy por fin va haciéndose luz, gracias a la reanudación de

las excavaciones en Tayma⁷ y hallazgos que indican el tránsito de enviados y gentes de Mesopotamia⁸ por las pistas del desierto. En última instancia y como el autor concluye con claridad, el uso del dromedario para el comercio a larga distancia alteró el paisaje económico de Arabia (274), comprometiendo a sus vecinos. Y gracias a su dominio sobre el mismo, las gentes de la península aseguraron la recepción de bienes y materias inexistentes en Arabia. En fin, no menor hallazgo feliz del autor es cuando indica que “*the movement of goods itself became a commodity, as the inhabitants of northern Arabia were able to bypass and undermine traditional methods of state control over trade routes*” (274). Verdaderamente, la perspectiva elegida por Peter Magee corrige la visión del fenómeno en sus reales consecuencias.

En fin, el libro acaba con un breve capítulo décimo -*Adaptation and Social Formation in Ancient Arabia* (275-278)-, que es una especie de conclusión global de la historia y la arqueología consideradas por el autor, destacando particularidades originales que a lo largo de su estudio han quedado bien asentadas, como la construcción de la sociedad a través de una continua e innovadora adaptación a su entorno natural (277). Y ciertamente, tiene razón cuando recordando sus palabras en la introducción, reitera el deseo de que su libro “*would have an emancipatory as well an explanatory function*” (278). En mi opinión lo ha conseguido por completo. Esta verdadera Arqueología e Historia de la Península de Arabia, desde los orígenes hasta fines del I milenio a.C. es un libro original en sus enfoques y su metodología interdisciplinar, propia de la investigación

moderna. Gracias a ella, las formas de vida, los usos del entorno, las relaciones entre pueblos y los sentimientos comunitarios de la sociedad se recuperan de modo casi mágico, pero ciertamente, en rigurosa aplicación de la ciencia. Por eso, la obra de Peter Magee es imprescindible para los especialistas en Arabia y Oriente Próximo y Medio, pero también para cuantos dedican sus afanes a la Antigüedad en general. Siendo un libro con la orientación y estructura que señala al profesor universitario, pendiente de sus alumnos, sin embargo es obra que puede interesar a cualquier historiador y arqueólogo, a más de personas que sin ser profesionales, se interesen por el pasado. No puedo sino felicitar al autor por habernos deparado esta obra original, sintética y completa, moderna y cabal. Realmente, un libro inestimable.

Joaquín M^a Córdoba Zoilo

⁷ R. Eichmann y otros.- “Archaeology and epigraphy at Tayma (Saudi Arabia)”, *Arab. Arch. Epig.* 17 (2006), 63-176

⁸ S. F. al-Said.- “Eine neu entdeckte Erwähnung des Königs Nabonid in den thamudischen Inschriften”, *ZOrA 2* (2009), 358-363